

LA GRACOLARIA

Periódico semanal

La Redacción no se hace solidaria de los trabajos firmados.

Insertense ó no, no se devuelven los originales.

Anuncios, edictos y comunicados á precios convencionales.

Redacción y Administración

CALLE DE CORRÓ, 9

Precios de suscripción

Trimestre, pago adelantado.	1'50 ptas
Número suelto.	0'15 "
Número atrasado.	0'20 "

DOS FECHAS MEMORABLES de OCTUBRE

I

D. Juan de Austria, hijo inmortal del gran Emperador Carlos V, y como él esforzado y caballeresco, figura histórica de nuestra patria sobre todo encarecimiento simpática y gallarda; D. Alvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz, «rayo de la guerra, padre de sus soldados, venturoso y jamás vencido capitán», como le llama el Manco insigne de Lepanto, el gran Cervantes, descuellan en primer término en aquel tremendo combate, que uno de nuestros historiadores califica con razón de *el más famoso de que se hace memoria en los anales de los pueblos*, y que el ya citado Cervantes dice ser *«la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.»*

La elección que el rey D. Felipe II hizo de su esclarecido hermano para Generalísimo de la Santa Liga formada contra el Turco, no pudo ser más acertada.

A la superioridad gerárquica que sobre todos los demás caudillos le daba su regia condición, uníanse el brillante valor y las demás prendas de hábil Capitán, de que había dado larga muestra en la rebelión de los Moriscos de las Alpujarras, por él venturosamente sofocada, y avalorábalo todo lo afable y afectuoso de su carácter.

Para asistirle y aconsejarle, puso á su lado el rey Felipe al primer marino de aquellos tiempos, tan fecundos en grandes hombres, al marqués de Santa Cruz, á aquel á quien, en unión del célebre duque de Alba, debióse, años adelante, la conquista de Portugal, y se hubiera debido la de Inglaterra si la implacable muerte no hubiera atajado, á deshora, sus pasos; á aquel que en servicio siempre de su patria, á quien consagró toda su existencia, tuvo la gloria y la fortuna de rendir ocho is-

las, 27 ciudades y villas y 36 castillos; vencer á ocho capitanes generales, dos maestros de campo y otros 60 caudillos principales; hacer prisioneros á 18,226 soldados y marineros franceses, ingleses, portugueses, turcos y moros; tomar 1,314 cañones y rescatar 1,654 cautivos cristianos.

La empresa de enfrenar el poder del Turco, que amenazaba arrollar cuanto á él se opusiese, avasallando la Cristiandad, no podía, pues, ponerse en mejores manos, y el resultado era forzoso que correspondiera á lo acertado de la elección.

Una Armada que excedía de 800 bajeles, de ellos una mitad del Rey Católico y los mejores que hasta entonces se habían visto, tripulados y guarnecidos por más de 89,000 hombres, fué la regida por D. Juan de Austria, y en ella acaudillaba D. Juan de Cardona la vanguardia; ocupaba aquél el centro con los generales del Papa y de Venecia, Colonna y Veniero; mandaban las alas el genovés Juan Andrea Dória y el veneciano Barberigo, y gobernaba el marqués de Santa Cruz la escuadra de reserva ó socorro.

La del Turco era mayor en el número de velas, y el de sus marineros y soldados pasaba de 120,000 hombres, siendo su principal caudillo Ali-Bajá.

«Señores: Ya no es hora de aconsejar, sino de combatir,» dijo el valeroso príncipe D. Juan á algunos de sus capitanes, que en visperas de la batalla, eran de opinión que no se empeñase ésta, dudosos de su éxito.

«Hijos (arengaba á los españoles momentos antes de romperse el fuego, discurriendo en velocísima fragata por entre sus bajeles), á morir hemos venido; ó á vencer, si el cielo así lo dispone. No deis ocasión á que con arrogancia impia os pregunte el enemigo: *¿Donde está vuestro Dios?* Pelead en su santo nombre, que muertos ó vivos gozaréis la inmortalidad.»

A los venecianos, decía: «Hoy es día de vengar afrentas; en las manos tenéis el remedio

de vuestros males; menead con brio y cólera las espadas.»

Había cambiado, entre tanto, el viento, y de adverso á las naves de la Liga volviésole favorable, lo cual aumentó la decisión y la fé de los cristianos en el triunfo, pues comprendían toda la importancia de tener de su lado auxiliar tan poderoso.

Dada la señal de acometer por atabales y trompetas, y al dispararse el primer cañonazo por la galera real de Ali, arrodillóse don Juan con todos los suyos, puesto en alto en su diestra un Crucifijo, y rendidas las armas, absolvió á aquellos valientes un sacerdote, arrancando seguidamente la galera del invicto Caudillo español contra la del Turco, con la que quedó trabada, embistiéndola, una, dos y tres veces al abordaje, hasta rendirla, después de horrible lucha y de perder la vida en ella Ali-Bajá y ser herido D. Juan.

Hecho general el combate, fué tan largo, tenaz y encarnizado como jamás otro alguno, siendo tantas y tales las proezas á que dió origen, que ponen verdadero asombro en el ánimo, y que su relación circunstanciada llenaría todo un volumen de razonable tamaño. Baste decir que fué tan reñida y sangrienta la pelea, que hubo galeras, como la capitana de D. Juan de Cardona, en que quedó éste herido, murieron dos capitanes del tercio que la guarnecía, fueron asimismo heridos todos sus oficiales, y solo quedaron vivos 50 soldados, de los quinientos que lo formaban; como la *Florenzia*, del Pontífice, en que murió toda su tripulación, menos su capitán, Tomás de Médicis, y 16 hombres que todos salieron mal heridos; y como la *Piamontesa*, de Saboya, en la cual cayó sin vida toda la gente de cabo y remo.

El triunfo de las armas cristianas fué tan completo, que quedó aniquilado por el momento todo el poder naval de Selim II, teniendo éste que renunciar á sus proyectos de mayor engrandecimiento en el Mediterráneo, y siendo no menos de 130 bajeles los apresados, más de 80 los echados á pique, 25,000 el de los turcos muertos, 5,000 el de los prisioneros, y 12,000 el de los cautivos rescatados. A cerca de 8,000, contándose entre ellos Barbarigo, ascendió la cifra de los que perecieron en la Armada de la Liga, y á 12 la de las galeras que de ella se perdieron.

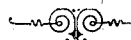
Colonna y Veniero pelearon como buenos; éste con mayor arrojo, aquel con más reposado valor; no menos se distinguieron el príncipe de Parma, el comendador Requesens, Doria y otros que nunca acabaríamos de enumerar; pero el inclito D. Juan y el preclaro mar-

qués de Santa Cruz, fueron, entre todos aquellos héroes, los que más preciados laureles conquistaron, y á quienes debióse en primer lugar victoria tan memorable. El primero, como dice un historiador de nuestros días, apresurándose á embestir al enemigo, sosteniendo el ataque con impertérrita constancia, anticipándose en el triunfo á las escuadras de sus costados, y después acudiendo á éstas, comunicando á todos su entusiasmo, y no empleando sus fuerzas en los débiles ni en los rendidos; el segundo, asistiendo con presteza y generosa decisión á cuantos necesitaban sostén y ayuda.

Fuit homo missus a Deo, cui nonem erat Joannes, clamó con santo regocijo el Pontífice Pío V, al recibir la noticia de la victoria; súpola sin manifestar sorpresa Felipe II, y sin suspender por ella sus oraciones; pero trasladóse al día siguiente á Madrid para asistir al solemne *Te-Deum* que ordenó se cantase en debida acción de gracias al Todopoderoso, y recibíola allí oficialmente por conducto del maestre de campo D. Lope de Figueroa (á quien immortalizan sus hazañas, y más aún la pluma de Calderón en su *Alcalde de Zalamea*), después de lo cual escribió el Monarca á su hermano, felicitándole con cariñosa efusión; dispuso la Señoría de Venecia que el 7 de Octubre fuera en adelante día de fiesta nacional. La Cristiandad toda escuchó con asombro y entusiasmo la relación del combate, é Italia, muy principalmente, respiró, libre de la opresión que la abrumaba desde que habían sido notorios los armamentos formidables del Turco.

Rindamos también nosotros el debido tributo de admiración y gratitud á los caudillos de tan hazañosa empresa, y no olvidemos que entre los valentísimos soldados que á ella contribuyeron, tuvo, *aunque humilde, parte en la victoria*, el Príncipe de los ingenios españoles, Miguel de Cervantes Saavedra; que á pesar de hallarse aquejado de abrasadora fiebre, y contra los consejos y amonestaciones del capitán de la galera *Marquesa* que montaba, peleó bizarramente, mandando el esquife de ésta, y alcanzó aquellas honrosísimas heridas que le hicieron exclamar más adelante: «Las heridas del rostro y de los pechos, estrellas son que guían á los demás al cielo de la honra.» Esto, á más de haber adquirido la manquadad, que ha dado origen al glorioso calificativo con que la posteridad le distingue.

FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA.



EN OTOÑO

La caída de la hoja

Desde mi gabinete veo como la acacia del jardín comienza á despojarse de la pompa con que la primavera y el verano la engalanaron. De su espeso follaje, que violentos aires arrebataban, quedan algunos restos, adheridos á los manojos de ramas secas; son hojas ambaradas, verde claro y siena, cuyos tonos contrastan con el tronco ennegrecido por las lluvias.

A medida que el jardín se tapiza con los despojos de la acacia, descubro por entre el esqueleto del árbol lo que su insolente verdor me ocultaba tenaz durante el estío.

La calle, la encrucijada vecina y la casa de enfrente.

A veces, por algun claro del ramaje, percibía el brillo de los fusiles, cuando los soldados marchaban hacia el cuartel, al son de ruidosas charangas; igual que el brillo del charrolado carruaje de la marquesa, cuyo estrépito conozco.

También llegaba hasta mis ojos el resplandor de una lámpara que ilumina la habitación frontera, de donde supongo que partían unos estudios al piano, ejecutados todas las mañanas con rigurosa exactitud.

Hoy ha cambiado la decoración. Gozo el espectáculo de la calle, de la encrucijada y de la fachada de la casa. Comienzo á diferenciar los transeuntes accidentales de los transeuntes fijos, de aquellos obreros, costureras, empleados que pasan á horas determinadas ante mi balcón. La joven que aprende el piano, con rigurosa exactitud de método y de tiempo, sale todas las tardes á recibir el homenaje amoroso con que un señorito, plantado en la esquina, aviva la murmuración de la vecindad. Estoy satisfecho de que la enorme acacia haya venido tan á menos.

Los poetas comparan la caída de la hoja á la pérdida de las ilusiones. Concedido. Pero, así como las hojas secas, desprendidas del árbol, sirven para fertilizar la tierra, las ilusiones que el viento del desengaño arranca de nuestra alma fertilizan la vida aleccionándonos y prestándonos vigor. También, á merced del olvido, del ansia de lo infinito, de las maravillosas emanaciones de la fantasía, brotan en nosotros nuevas ilusiones hasta el fin de la existencia, como á favor de la sonriente primavera y de sus áuras tibias retoña todo follaje, y retoñará, si Dios quiere, la pompa

de la acacia de mi jardín, para volver á ocultarme la vista de la calle, de la encrucijada y de la casa fronteriza.

F. MOJA Y VOLÍVAR.

¿TE 'N RECORDAS?

A la simpática senyoreta A. T.

¿T' en recordas d' aquell dia
prenda mia,
que am la barca navegábam
y etern amor nos jurabam
am follia?

No recordas la tombada
de l' onada,
que á nostres peus serpenteija
y al passá en la sorra, deixa
esborrada?

¿Te 'n recordas joh, donzella,
meva estrella!
que en sa blanca espuma 's cria
l' amorosida armonia
que 's tan bella?

¿No sents clar lo suau rumor,
que am dolsor,
fa 'l zig-zag de l' oleatje
al arriivar á la platje
plena d' amor?

¿No comprens, idol del cor,
mon dolç amor,
que sols per ferme felis,
dels teus llavis un somris
ubriagador?

Donças no 't sápigas greu,
tu ets l' amor meu
y sols tu ets qui 'm fa content.
En que siga un sol moment
¡entregam, nena, 'l cor teul

JOAN JOFRE AVELLÍ.

HOMERO

(Continuación)

Esto es suficiente para probar que la glorificación de Aquiles como el héroe griego por excelencia, ante el cual todos los demás se inclinan, y el único que puede vencer á los

troyanos, no es el único y último fin que se propuso el autor de la Iliada. La poesía griega jamás se ha mostrado propicia á hacer esas apoteosis absolutamente á una sola individualidad, aunque fuera el héroe más importante. Hay igualmente en el mismo carácter de Aquiles datos que indican que el poeta no quiso concentrar toda nuestra simpatía sobre este solo héroe, que lo ha representado inmoderado, aspirando á lo que es sobrehumano á la vez é inhumano, cayendo en los extremos de la pasión, pasando del odio inexorable contra los griegos, al dolor desesperado por la pérdida de Patrocolo, y de este dolor á una cólera ciega contra Héctor. Y, sin embargo, no puede negarse: Aquiles es el primer carácter de la Iliada, el más grande y el más sublime; hay, además, independientemente de su fuerza sobrehumana que hace palidecer la de todos los demás héroes, algo de divino en la elevación de su alma. Cuando uno piensa en la melancolía que se apodera de Héctor á pesar de todo su valor, y que le acompaña en el combate como siniestro preságio de su dolorosa suerte ¡cuán grande y elevada no parece el alma de Aquiles! Conoce la prematura muerte que le espera; sabe que ha de seguir pronto á la de Héctor, y, no obstante, ¡nada ni por un momento paraliza su resolución antes del combate, nada viene á alterar la calma llena de dignidad que sigue á la lucha! Sobre todo, en los funerales es cuando Aquiles se muestra en toda su grandeza. En aquella entrevista con Priamo, escena sin igual en la poesía antigua, en donde el odio nacional, la ambición personal, todas las pasiones feroces y bárbaras, en fin, ceden ante los sentimientos más dulces y más humanos, de la misma manera que el rostro se muestra con nueva animación, con una serenidad más pura, después de un violento sufrimiento por mucho tiempo reprimido. Es, pues, la purificación por que pasa el carácter de Aquiles, y que se despoja de toda mácula la parte divina de su naturaleza, lo que constituye el pensamiento dominante del poema entero; y la manera como se comunica al corazón del auditorio, absorto por el interés del sujeto, constituye una de las cosas más bellas y más perfectas que ha producido la noble poesía.

Suprimir una parte cualquiera de este conjunto de acciones, de circunstancias y de sentimientos diversos ¿no sería lo mismo que descomponer en piezas un organismo vivo, cuyas partes perderían necesariamente igual que el todo, su propia vitalidad? Así como la vida no reside en un solo punto del cuerpo y necesita toda una asociación de órganos,

igualmente la unidad de la Iliada fúndase en la combinación de esas partes. Ni las derrotas de los griegos hasta el incendio del barco de Protesilas, que preparan al lector y que excitan su curiosidad, ni la peripecia producida por la muerte de Patrocolo, ni el apaciguamiento final de la cólera de Aquiles no debían faltar, una vez que el germen fértil de un tal poema había echado raíces y empezado á desarrollarse en el genio de Homero. Sin embargo, nadie negará que la Iliada ha rebasado los límites mucho más allá del plan primitivo y de la necesidad absoluta; que la introducción sobre todo, contando las tentativas de los otros héroes para reemplazar á Aquiles, es demasiada extensa. La suposición, en efecto, de que pasajes importantes han sido intercalados en la Iliada, se aplicaría con mucha más probabilidad á los primeros que á los últimos libros, en los cuales por tanto, recientes críticos, los más, han creído encontrar trazas de interpolación. Dos motivos principales parecen haber determinado esta extensión, y, si es permitido extremar las hipótesis, parecen haber obrado particularmente en el espíritu de Homero mismo y más todavía sobre el de sus sucesores, los homéridas.

La idea de completar la obra introduciendo todos los asuntos, descripciones y sucesos que no podían tener interés sino en un poema que hubiese tratado de toda la guerra, dominaba con evidencia desde el principio. Es probable que cantos más antiguos todavía, que celebraban episodios, provenientes de la guerra de Troya, fueron consultados, y los trozos más bellos se incorporaron en el nuevo poema, puesto que la poesía popular que se propaga por la tradición oral sigue naturalmente esta vía y apropiándose á la vez las mejores ideas de los poetas del pasado, dáles una nueva vida fundiéndoles con otros materiales. Si de esta manera se han deslizado en el poema elementos que parecen no concordar enteramente con el sujeto principal, y que eran quizá mejor colocados en relato anterior á la guerra de Troya; si por eso un poema sobre la cólera de Aquiles se convirtió en la Iliada (nombre muy significativo) es necesario convenir, sin embargo, que tal como lo ha tratado el poeta se ve plenamente justificado por la manera que, siguiendo sin duda las tradiciones dominantes de la época, ha comprendido y presentado la respectiva situación de las naciones hostiles, así como el modo de hacer la guerra hasta la separación de Aquiles del resto de la armada.

(Se concluirá.)

LAS CUATRO VISITAS

(De Björnstjerne Björson)

La persona de quien voy á hablaros respondía al nombre de Pablo Overaas, labrador de los más importantes de una de las parroquias de Noruega. Cierta día, encontrábase en el despacho del párroco, garbosamente plantada y con gravedad un tanto festiva.

—Dios me ha dado un hijo—dijo él—y quiero bautizarle.

—¿Qué nombre debemos ponerle?—preguntó el cura.

—Pedro, como mi padre.

—¿Y quiénes son sus abuelos?

Pablo fué contándolos, y eran también personas de viso en la parroquia, y todas de su propia familia.

—¿Tienes algo más que decirme?—preguntó el sacerdote á la vez que le dirigía la mirada.

Silencioso estuvo un momento el labrador. Después dijo:

—Me gustaría que el bautizo fuera en día de no mucha concurrencia.

—¿O sea que no debe ser festivo?

—El próximo sábado; al mediodía.

—¿Tienes algo más para noticiarme?—añadió el cura.

—Creo que nada más—respondió el labrador, y empezó á voltear el sombrero en sus manos como dispuesto á marcharse.

Se levantó el párroco y, acercándose á Pablo, tendióle las manos y dirigiéndole expresiva mirada, exclamó:

—Dios quiera que tu hijo te traiga su bendición, para mayor felicidad tuya.

Diez y seis años después, hallábase otra vez en el despacho del párroco. Este al verle le dijo:

—El tiempo no hace mella en tí, Pablo.

—No conozco penas—añadió el labrador.

A esto se calló el sacerdote. Después de un lapso de tiempo, continuó:

—¿Qué es lo que deseas hoy?

—Se trata de mi hijo, que mañana debe ser confirmado.

—Es un muchacho inteligente—añadió el cura.

—No le entregaré á usted sus honorarios sin antes saber el puesto que él ocupará en la iglesia.

—Le tengo destinado el primero.

—Pues aquí van diez coronas para usted.

—¿Deseas algo más?—preguntó de nuevo el párroco, en tanto lo contemplaba.

—Nada más—contestó Pablo, y se fué.

Ocho años transcurrieron, y otro día desde el despacho del párroco, oyóse el garleo ruidoso de mucha gente que se acercaba. Pablo abrió la puerta, y el cura al levantar la mirada reconocióle.

—Vienes hoy con acompañamiento numeroso.

—He venido para las amonestaciones de mi hijo; se casa con Rosa Storlinden, la hija de Juan, que aquí está.

—Lo que quiere decir con la más rica muchacha de la parroquia.

—Así se cuenta—replicaba Pablo, mientras que, ocupada en enhestarse el cabello, tenía una de sus manos como sirviéndole de peine.

Al cura debió ocurrirle alguna idea que ocupara sola su pensamiento, pues sin contestar, inscribió los nombres en los libros parroquiales y en los cuales hizo firmar á quienes correspondía.

Pablo puso tres coronas sobre la mesa.

—Cobramos únicamente una—observó el sacerdote.

—No importa; es mi único hijo, y además, puedo permitirme esa liberalidad.

Al oír esto, recogió el cura el dinero, y añadió:

—Pablo, es la tercera vez que por tu hijo has venido á verme en este despacho.

—Ahora, supongo que será la última—contestó el labrador. —Añudó su bolsa, se despidió y marchóse seguido lentamente de sus acompañantes.

Habían pasado catorce días, y padre é hijo, para tratar de la fiesta de la boda, bogaban hacia la casa de la novia.

—El banco no está seguro, padre—dijo el joven, y se levantó para arreglarlo. En el momento que se apoyaba sobre la tabla, resbaló ésta. Trató aquel en vano de agarrarse, lanzó un grito de angustia, y cayó al agua.

—Agárrate firme á la barca—gritó el padre, levantándose sobresaltado y tratando de auxiliarle. Pero cuando el joven podía lograrlo, tenía las manos inútiles: se le habían vuelto rígidas y tiesas.

—Sostente, sostente—exclamó el viejo, y remó en dirección á su hijo. Pero entretanto, caía éste de espaldas, con la vista hacia atrás, y echando una intensa mirada á su padre, se hundió en el agua para siempre.

Pablo no quería creerlo. Dirigió su barca, silencioso y con la vista fija hacia donde había desaparecido su hijo, como si debiese volver á reaparecer. Remontaban algunas burbujas, después otras, y más tarde una de muy grande para quebrarse en varias, y el mar, y

el mar, en aquel espacio; volvió á quedarse claro como un espejo. Durante largos tres días y tres noches, contemplaron las gentes como Pablo iba bogando alrededor de aquel sitio, sin comer y sin dormir. Buscaba á su hijo. Lo encontró, por fin, una mañana y se lo llevó él mismo á la montaña, á su casa.

Un año había transcurrido después de esta desgracia, y al atardecer de una tarde de otoño, por pasos y el tentar á la aldaba, conoció el cura que alguien había detrás de la puerta. Abrióla, y penetró un hombrón encorvado, seco y con el pelo cano.

Para reconocerlo, tuvo necesidad el sacerdote de contemplarlo un instante. Era Pablo.

—¿A qué vienes tan tarde?— preguntóle el cura mientras se quedaba ante él plantado.

—¡Ay! sí, vengo tarde—exclamó Pablo, sentándose.

El párroco lleno de ansiedad se sentó á su lado. Reinó entre ambos apacible silencio. Al fin, Pablo habló:

—Poseo algo, que gustoso quisiera dar á los pobres. Mi intención es fundar una obra pía, que debe llevar el nombre de mi hijo.

Levantóse, puso dinero sobre la mesa y volvió á sentarse.

El párroco al acabar de contarle no pudo menos de decir:

—Mucho dinero es.

—La mitad del valor de mi granja, que hoy he vendido.

Se sentó el párroco y quedóse largos instantes silencioso. Por último, preguntó al labrador con dulce acento:

—¿Cómo piensas tú ahora comportarte?

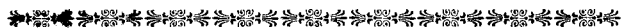
—Enmendándome algo.

Otra vez ambos quedaron mudos: Pablo con la mirada fija en el suelo, y la del cura sobre el labrador, interrogándole. En esto, el párroco como en lejanos días, bajo, dijole:

—Pienso que ahora tu hijo te habrá bendecido.

—Sí, estoy de ello convencido--añadió Pablo, dirigiendo la mirada al cielo, á la vez que por su rostro dos lágrimas se escurrieron pausadamente.

J. VIDAL Y JUMBERT.



CRÓNICA

La ley señala la altura que debe tener el nivel de la carretera. Al recomponerla se debe rebajarla, pues, de la cantidad ó volumen de tierra que se ha de colocar de grava. Pero algunos contratistas, para ahorrarse tiempo y dinero, extienden la grava sin rebajar lo que

corresponde del piso. De esta manera, éste elevase sucesivamente, y queda, por consiguiente, con un nivel superior al que legalmente debe tener. Por eso, las aceras en la carretera van quedando mucho más bajas que el paso rodado, y dejando aparte la visual que resulta así penosa, se deja campo á la humedad para que se enseñoree de la planta baja de las casas.

De pocos años, un Ayuntamiento enérgico puso correctivo á esto que no sabemos si debe llamarse abuso por parte de los contratistas, y no dudamos que nuestro actual Alcalde con su actividad, que sería injusticia negarle, estudiará el asunto y obrará en consecuencia.



El conocido lampista de ésta D. Juan Garriga, al bajar de un tranvía en Barcelona, lo hizo con tan mala suerte, que se vió arrastrado por el mismo, y aunque no salió bien librado del lance, afortunadamente el daño no fué lo que era de presumir.



Esta noche da función en el teatro de *La Unión Liberal*, su compañía de aficionados. Se representarán el drama *La pubilla de Caixás* y la comedia *Tres y la María sola*.



Leemos en el periódico catalanista *La Renaixensa*.

«L' Associació Catalanista Bruniquer de Granollers s' ha possat d' acort ab la Junta Permanent de la «Unió Catalanista» demanantli la organisió d' un *meeting* de propaganda en aquella població.

Com sia que durant lo present més ha de tenir lloch lo *meeting* de Vilasar de Mar y 'l Consell general de Representans es probable que 'l *meeting* de Granollers no 's pugui efectuar fins á primers del vinent Novembre.»

Respecto al particular, se nos dice que en dicho acto tomarán parte renombrados oradores de diferentes comarcas de Cataluña. Parece que hay interés y entusiasmo para que resulte un acto brillante y de verdadera importancia.



El lunes se declaró un regular incendio en el bosque de la *Casalta* de Vilanova de La Roca. El fuego se propagó en una extensión de 16 cuarteras de terreno. El arbolado de las primeras 8 cuarteras quedó enteramente destruido; lo demás, no llegó á tal extremo.

Otro incendio se inició, también, en el propio día en la finca *Many* del *Coll de la Many*, y otro por la noche en el horno de cal de 'n *Francés*, reduciendo á pavesas toda la leña allí existente, que era en regular cantidad.



El lunes por la noche, mientras se metía en la cama, oyó extraño ruido una mujer que habita en la calle de Alfonso IV. Había dejado la puerta del barrio abierta para cuando retornara su marido de pacer el ganado. Pero pareciéndole que no era aquella la manera de entrar su esposo, en paños menores se echó

escaleras abajo. Al llegar á la planta baja, quedó muda de espanto, al ver á un sujeto que, embozado y sigilosamente, estaba ya dentro de la casa. Gritó entonces como pudo, y escamándose el atrevido visitante tomó las de Villadiego, sin que pudiera ser conocido.



La *Unión Republicana* trasladará dentro poco su domicilio social en una casa de la plaza de la Corona.



En el último número, un colaborador bajo su responsabilidad, dirigía desde estas columnas un elogio al Sr. ecónomo Dr. D. Manuel Rovira, y en el penúltimo, le dábamos la bienvenida, y, aunque generosos, no nos arrepentimos de ello, ahora nos vemos obligados á censurarle, no en la forma que por su proceder otros usarían, sino digna y reposadamente por tratarse de un sacerdote.

Es el caso que un laborioso padre de familia, tiene en arriendo las sillas de nuestra iglesia parroquial. Data el arriendo de muchos años, quizá más de treinta, y traspasado de padre á hijo. Ultimamente el arriendo no se renovó y para los pasados curas-párrocos continuó en vigor como si hubiese sido renovado.

Pero llega el Dr. Rovira, no de cura-párroco, sino sencillamente de ecónomo, y sin quitarse el polvo del viaje, manda recado al arrendatario, y le suelta un sin número de quejas con el pretexto de dar por nulo el contrato. Y decimos con el pretexto de dar por nulo el contrato ó lo que es lo mismo, dejarlo sin efecto, porque entendemos que el Sr. ecónomo, suponiendo que esté adornado ó revestido de todas las cualidades que necesariamente deben concurrir en una persona constituida en dignidad eclesiástica, hubiera procedido con más acierto adoptando las medidas necesarias para corregir supuestas faltas, empezando por el aviso ó amonestación antes de emplear procedimientos tan radicales y de irreparables consecuencias para una familia honrada é inocente. Creemos que la dignidad eclesiástica se compagina con la autoridad de la misma clase cuando el cargo la lleva consigo aneja.

Nosotros por lo que nos interesa esta cuestión, como moral pública y por ser amigo nuestro el perjudicado, hemos querido averiguar la verdad de las quejas del Dr. Rovira, y desde luego nos atrevemos á significarle que los motivos que alegó determinantes de la resolución que se veía precisado á adoptar, y que desgraciadamente para la familia en quien recae y hasta para él, puso en práctica, carecen en absoluto de exactitud, por no emplear calificativo más enérgico.

Cuando estudiaba lógica debieron enseñarle la manera de comprobar la verdad; también debieron enseñarle moral seguramente; así debía haber empezado por comprobar la certeza de los hechos, que tan injustamente imputa al arrendatario, lo que no era posible dados los pocos días que habían transcurrido desde que tomó posesión del cargo. Y una vez

practicadas las averiguaciones necesarias, aun en el supuesto, que negamos en absoluto, de que por parte del arrendatario se hubiese cometido algún pecado *venial*, debía meditar con serenidad de juicio el correctivo que debía imponerle, en cuyo caso acudiendo al auxilio de la moral cristiana, habría abrazado el perdón, porque ésta es la moral que predicó Nuestro Señor Jesucristo.

Enhorabuena que el Sr. ecónomo prefiera administrar por sí las sillas de la parroquia. Si éste era su deseo ó conveniencia, podía decirlo sin rodeos; pero no creemos muy ajustado á buenos principios de *lógica*, que para conseguir segundos fines se acuda al medio de la *imputación* de supuestos hechos.

Aun prescindiendo de las anteriores consideraciones y en el caso de que su carácter y temperamento avasallador le hubiese llevado al extremo de dejar sin efecto ó nulo el contrato de arrendamiento mencionado, parece que era natural, justo y equitativo, que hubiese concedido un plazo prudencial al arrendatario, como es costumbre y ley en todo trato de esta naturaleza, y de esta suerte se aminoraban un tanto los perjuicios materiales y morales que se le han irrogado. ¿Para qué ocasiones reserva la moral cristiana el Dr. Rovira?

Mucho más podríamos decir de este asunto, que parece baladí y sin importancia por lo que nos llamamos; pero no apuramos la cuestión tratándose de lo que se trata y de quien se trata.

Nosotros, con miras muy elevadas, debemos decir que perdonamos al Dr. Rovira todo el mal que ha causado al amigo nuestro; pero creemos cumplir un deber diciendo que es Granollers demasiado importante para tener que soportar ecónomos de la madera del doctor Rovira.

Tal vez, dada la situación especial en que se halla nuestra villa, nos merecemos un sacerdote más ejemplar, que inspire más veneración, que en ningún caso ni por motivo alguno con su proceder no comprometa la causa religiosa, que con título ó sin título de Doctor, tenga más conciencia de lo que hace y de lo que diga, y el tacto necesario en tratar las cuestiones, cosa que, y mucho desearíamos engañarnos, por la señal ya dada, quizá no está en el modo de ser de nuestro actual ecónomo.

Téngalo entendido el Dr. Rovira: los intereses católicos, ó sea la religión, están por sobre de las miserias y venganzas que anidan en el corazón humano, aunque éste sea sacerdote.

Y, aun siendo independiente este semanario, por estimar todavía aquello, ponemos punto por ahora.

~~~~~  
SOLUCION A LO DEL NUMERO ANTERIOR

*Geroglífico*.—Per sarauhistas un sarau.

*Tersde-ítabas*.—MO NI CA  
NI CA SI  
CA SI NO

**A N U N C I O S**

**CENTRE DE SUSCRIPCIONS**

á tota classe d' Obras y Periódichs

**ENCUADERNACIONS: sencillas y luxosas**

**OBJECTES D' ESCRIPTORI Y DIBUIX**

**Gran assortit de TARGETAS POSTALS**

**Llibres ratllats de totes classes**

**AGENCIA D' ENCÁRRECHS PER BARCELONA**  
cumplerts ab exactitut y personalment

Sellos de goma, llibres per escolas, pa-  
pers de fantasia, cigarrereras, moneders, lle-  
tras pera brodar, felicitacions, tintas, his-  
torias, revistas, modas, patrons, etc.

**FELIU ESTAPER**

SUMERAS, 2.—Darrera 'l Café de Sinia

**GRANOLLERS**

**LA MODERNA**

ZAPATERIA

DE

**JOSE CASANOVAS**

Especialidad  
EN LA  
MEDIDA

PLAZA DEL GANADO, 6

Frente al Café Nuevo

**GRANOLLERS**

*J. VIDAL Y JUMBERT*

**Fulls del meu album**

**PREU 2 PESETAS**

**PUNTS DE VENTA:** Feliu Estaper, Sumeras, 2  
Imprempta d' aquest periódich

**I M P R E N T A**

DE

**FRANCISCO CUCURELLA**

**CALLE DE CORRÓ, 9.- GRANOLLERS**

Impresiones de todas clases como tarjetas, sobres, papel para cartas,  
prospectos, facturas, talonarios, programas, menús, participaciones de ca-  
samiento y bautizo, esquelas de defunción, revistas, periódicos, etc.

**Especialidad en trabajos á varias tintas.**